

do las aguas de John Kennedy, que se propuso destruir el poder económico de unos pocos, para dárselo a todo el país... pero fue fusilado en Dallas, Texas.

la gran batalla

Al día siguiente de ser bautizado el S.O.B. Club y de ser destruida la intención del imperio del acero de subir los precios, y ganar mil millones de dólares a costa del gobierno, había gran llanto entre las plañideras del grupo: ... los más grandes diarios de Estados Unidos.

Dijo el Wall Street Journal: "Nunca vimos nada parecido. Una de las industrias nacionales del acero anuncia que tratará de hacer más dinero con su producto... y de inmediato el infierno se desencadena. El señor Kennedy tuvo su victoria. El Presidente se encargó de decir que todo el pueblo de Estados Unidos debería estar agradecido. Alrededor de él había alegría desbordante, ante esta prueba positiva de cómo el puro poder político, usado con crueldad, puede destrozarse a cualquier ciudadano privado que se ponga en su camino. Si no hubiéramos visto esto con nuestros propios ojos, y oído con nuestras propias orejas, habríamos sido incapaces de creer que en Estados Unidos, hoy día, esto ocurriera".

El Banner, de Nashville: "Un aviso para todos los norteamericanos, de que el día de la Libre Empresa está llegando a su fin. Jruschov estuvo muy cerca de la verdad cuando dijo: "Vuestros nietos vivirán en un sistema socialista".

El Times de Los Angeles: "La conducta del señor Kennedy para con la libre empresa, es una reencarnación, en escala no soñada, del estado corporativo de Mussolini".

David Lawrence, columnista en cadena nacional de periódicos: "La conducta de Kennedy para con el acero es un trágico disparate, que está haciendo creer al público que las alzas de precios son perversas y antipatrióticas... estamos en el alba de una recesión, en cuyo final se haya un sistema cua-

si-fascista... Las únicas personas en el mundo que pueden realmente tener satisfacción por la trágica hazaña del presidente Kennedy, son los abogados del estado socialista... a menudo, predecesor del comunismo”.

En la capital de la industria del acero, Pittsburgh, el Post Gazette reflejaba las heridas y el miedo de sus amos: “La industria ha ganado el cargo de irresponsabilidad de parte del Presidente, pero siente que la Administración Kennedy ha ido a extremos vejatorios para sostener su punto de vista”.

El Saint Louis Post-Dispatch: “El Presidente Kennedy habría sido más avisado, si hubiera puesto algunas cortapisas en la conducta de su ardoroso hermano. No nos gustan, no nos gustan del todo las vagas amenazas de cargos criminales del Procurador General Kennedy, contra los gerentes del acero; y no nos gustan sus vagas amenazas de juicios para romper a la U.S. Steel”.

Dos diarios aplaudieron a Kennedy. El Bee, de Sacramento: “Fue una dramática demostración de que el Gran Negocio no podrá nunca más decir “que el público se vaya a buena parte y sigamos con la fiesta””. James Weckler, del New York Post: “Un episodio en la caída del imperio de los monopolios, cuyos líderes habían perdido contacto con la realidad”.

No obstante, son más claras las opiniones de los hombres de negocios, de los campeones de la libre empresa. He aquí algunos ejemplos:

George McDougal, Vicepresidente de la Daniel Construction Co., en Greenville: “Creo que así fue como Hitler se hizo cargo del poder absoluto... pero poco le duró, ¿se acuerdan?”

Milton Friedman, economista de la Universidad de Chicago: “Eso demuestra con dramatismo cuánto poder para un estado policial reside en Washington”.

Yale Brozen, también de la Universidad de Chicago: “La acción de Kennedy fue la más grande demostración de dic-

tadura con guante blanco que uno podría imaginarse. ¿Quién es esta, o cualquiera otra Administración para indicar qué precios debe haber?”

Edward Carter, gerente en Los Angeles: “Esto lleva a una cadena sin fin, porque cuando usted comienza regulando los precios, usted tiene que regular los salarios, y al hacer esto, tiene que regular dónde trabaja la gente. Es difícil saber dónde se para uno. Esto podría llevar a la nacionalización de la industria del acero”.

El ex presidente del Consejo de Técnicos Económicos del Presidente Eisenhower, Raymond Saulnier, fue más sofisticado: “Creo que esta acción irá a los libros como el más sobresaliente ejemplo de interferencia del Gobierno en una decisión de empresa privada en nuestra historia”.

Así era el llanto y así el odio contra Kennedy, en el mes de abril de 1962. Pero era el odio que no hace noticia, porque se consume, se digiere y se transforma en ideas en las salas de directorio de los miembros distinguidos del S.O.B. Club.

En mayo, el presidente Kennedy comió con la Cámara del Comercio de Estados Unidos. Fue una comida fría en el ánimo. En su discurso final, Kennedy, hábil político, dijo:

“Espero que la Cámara de Comercio entienda que creo que el pasado episodio del acero fue un “punto de inflexión” para las mejores relaciones entre el negocio privado y el gobierno”. Kennedy afirmó que tanto los grandes negocios como los grandes sindicatos (la mayoría infiltrados de gangsters) deberían entender que precios y salarios son materia de interés público... y el interés público es asunto principal del Gobierno.

El presidente saliente de la Cámara de Comercio, Richard Wagner, gerente en la industria del petróleo, fue claro en su odio y en su miedo, al comentar, cuando Kennedy se había ido: “Deberíamos recordar que los dictadores en otras tierras, usualmente llegan al poder sobre procedimientos constitucionales aceptados, establecidos como resultado de la erosión de los principios fundamentales de la constitucionalidad”.

El presidente de la Ford Motor, Henry Ford Segundo: "En una sociedad democrática, las necesidades de reformas no pueden servir de justificación para la eliminación de la libertad".

Quiero pedirles que recuerden todo lo que leyeron en la primera parte de este reportaje, para que no pierdan de vista qué significa "libertad", "libre empresa", y "libre juego democrático", para los caballeros norteamericanos dueños del petróleo, el acero, la energía eléctrica, el agua, el gas, el carbón, los teléfonos, los ferrocarriles, los aviones, los autos, los camiones y hasta los alimentos en los Estados Unidos.

La derrota del acero ocurrió en la primera y segunda semanas de abril. El 28 de mayo, la Bolsa de Nueva York se desmoronó. La red de influencia directa en todo el aparato económico norteamericano, que ha creado el crecimiento desmesurado de la libre empresa, hasta transformarse en monopolios de riquezas fabulosas, es capaz de hacer bajar la Bolsa.

La caída violenta de los valores en la Bolsa de Nueva York, el lunes 28 de mayo, bautizado como el Lunes Triste (Blue Monday), según algunos, fue simplemente motivada por la iracunda reacción de los grandes negocios, que quisieron derrotar por el miedo también, a John Kennedy. Eso se dice.

Las cosas ocurrieron de este modo:

Al saberse el descalabro de la Bolsa, el gabinete Económico, con Kennedy, se reunió de emergencia en la Casa Blanca. ¿Qué hacer?

Heller, Dillon y otros, propusieron bajar el margen de dinero en efectivo que se necesita para comprar en la Bolsa (es de 70 por ciento); una inmediata rebaja de impuestos para entonar la economía; aumentar los gastos federales para trabajos públicos y de defensa. Kennedy y sus asesores acordaron... *no hacer nada*. Y la Bolsa se recuperó sola... como si en realidad el desmoronamiento hubiera sido artificial, para provocar un mal paso al Gobierno.

Hay que hacer notar que el Ministro de Comercio de Es-

tados Unidos es Luther Hodges, conservador. Bueno, Hodges no asistió a la reunión de emergencia en la Casa Blanca. Kennedy no lo llamó. Eso realza un poco la "decoración", de la Administración de Kennedy.

El Wall Street Journal da un poco de luz en el asunto, al decir que los hombres de Kennedy han dado muchas razones para la baja del Lunes Triste, pero, no han considerado un hecho que podría ser la mejor causa del derrumbe: la crueldad del ataque de Kennedy sobre el acero ha asustado a muchos hombres de negocio... y a los accionistas.

El veterano periodista de Los Angeles, John Gray, ahora retirado a los 87 años, que no vendió sus acciones de la Suther California Edison a pesar del pánico, dijo:

"Todo el asunto se debe a esos tipos que quieren desacreditar al presidente. Ellos lanzaron al mercado paquetes de acciones, los precios se fueron abajo, como lo tenían planeado, pero luego las cosas se descontrolaron, y la Bolsa volvió arriba".

Otro interrogado por los periodistas, fue Maurice Soble, de California: "Ellos están haciendo esto porque odian al Presidente, por haber rehusado doblegarse a su deseo de alzar los precios del acero. Esta es una conspiración... seguro".

En Dallas, Texas, tal vez como un anuncio emocional de lo que ocurriría 18 meses después, las opiniones fueron diferentes. Dijo Fred Shoellkopf, corredor de bolsa de Dallas: "Kennedy recibió el mismo castigo que él hizo sufrir al acero... es un buen ojo por ojo".

En Chicago, un "business man" llamado E. C. Price, fue más claro: "Todo lo que usted oye en estos días, es que el Gobierno está investigando, investigando, investigando. Cuando el negocio privado necesita todo el estímulo que pueda conseguir, todo lo que hay son amenazas".

Robert Lorie, de la Universidad de Chicago, fue profético:

"Creo que el hecho que realmente comenzó la declinación del mercado de valores fue la batalla Kennedy-Acero.

Creo que, a causa de nuestro gigantesco crecimiento, nuestra prosperidad y nuestras esperanzas de mover hacia adelante el país dependen de la confianza de los hombres de negocio, grandes y pequeños, y sus esperanzas para el futuro. Si esas esperanzas son dañadas, será mucho más trágico que la baja en el mercado de valores”.

El 22 de noviembre del año siguiente, Dallas le dio la razón al profesor Lorie. Hubo un VIERNES TRAGICO.

La voz del Chase Manhattan Bank es como el oráculo de los maffiosos del gran dinero. Es de la casa Rockefeller. Y la voz del Chase, es la de su presidente, David Rockefeller, que dijo:

“El episodio del acero demuestra el tremendo poder económico que esgrime ahora la rama ejecutiva del Gobierno, y demuestra también que está preparada para esgrimirlo rápido y con dureza. Esto implicaría que la estructura de los precios no estará más regida por las leyes de la oferta y la demanda, sino por los deseos del Gobierno”.

Ustedes tienen que entender esto: la maffia del gran dinero no acumuló odio contra Kennedy porque éste estuviera liquidando los negocios, en cuanto a su utilidad para el país. Acumuló odio furibundo, porque Kennedy iba a quitar el control económico del país, de las manos de unos pocos, para dárselo al representante del pueblo, es decir, el Gobierno. Y la prueba de esto es el último informe del First National City Bank: desde el momento que Kennedy subió al poder, hasta su asesinato, la curva de ganancias de las empresas norteamericanas, subieron ininterrumpidamente... pero también subieron los salarios... y esto era imperdonable...

Dijo la revista republicana Time: “Fortificadas por los privilegios garantizados por el Gobierno, notablemente libres de las leyes antimonopolios, las uniones sindicales norteamericanas, que una vez fueron débiles, han llegado a ser demasiado poderosas... tan poderosas como para demandar y obtener aumentos de salarios... que no están económicamente justificados”...

Un mediodía de julio, después que Kennedy venció al acero y sobrevivió a la maniobra de desmoronar el mercado de valores, invitó a almorzar con él a 17 destacados miembros del S.O.B. Club. Entre ellos, Frederick Kappel, presidente de la American Telephone and Telegraph Co.; y Gaylor Freeman, vicepresidente del First National Bank of Chicago (de la casa Morgan y Grupo de Chicago, respectivamente). El almuerzo duró tres horas. Los hombres de empresa le hicieron los siguientes cargos a Kennedy: por qué tenía a tantos "hombres de Harvard" a su alrededor; por qué demostraba tanta agresividad contra los monopolios; por qué el Gobierno estaba siempre al lado de los trabajadores, cuando estos iniciaban conflictos contra las empresas; y por qué él (Kennedy) ventilaba todos los problemas económicos públicamente... cuando eso no era conveniente.

Kennedy no respondió. Simplemente sonrió. Se despidieron sonriendo. Era en julio de 1962.

Pero la campaña de desprestigio contra Kennedy, tenía otro campo de batalla, fuera del mercado de valores de Nueva York y los diarios y cadenas de televisión: El Congreso. Kennedy había enviado al Congreso un proyecto de ley para medicina preventiva para los ancianos. Si el proyecto era liquidado, el prestigio de Kennedy mermaría, de acuerdo a los estrategos políticos de la maffia. La Asociación Médica Norteamericana, calificó el proyecto de "medicina socializada".

Aunque el partido demócrata tenía una mayoría de 64-36 en el Senado, el proyecto de ley fue rechazado por 52 a 48. El coro periodístico, alborozado, dijo: "El joven Presidente está recibiendo de su propia y agria medicina".

Una hora después de la votación, el presidente Kennedy habló por la televisión:

"Esta es la más triste derrota para toda la familia americana, para los 17 millones de norteamericanos que tienen más de 65 años; para todos aquellos norteamericanos que tienen padres, que pueden enfermarse, y que tienen hijos que educar".

Es útil añadir que el jefe de la batalla contra el proyecto de medicina para los ancianos, fue el senador demócrata por Oklahoma, Robert Samuel Kerr, de 65 años. El dijo: "Soy enemigo declarado de todo lo que signifique seguridad social". Robert S. Kerr, ha sido definido de este modo:

"La tremenda influencia de Kerr en el Senado, es la suma de muchos factores, de los cuales no el menor es su presuntuosidad. Y ésta es nutrida por el hecho de que Kerr es el hombre más acaudalado del Senado. Un petrolero (Kerr-McGee Oil Industries, Inc.), tiene una fortuna personal de más de 35 millones de dólares y es dueño o controla, a través de Kerr-McGee, cerca del 25 por ciento de todas las reservas conocidas de uranio en Estados Unidos".

Mejor tarjeta de miembro del S.O.B. Club, difícil encontrarla, y el Presidente Kennedy estaba empeñado precisamente en que no sucediera esto: ¡un cuarto del uranio, material estratégico por excelencia de esta era atómica, en manos de UNA SOLA PERSONA!

Al mismo tiempo, los diarios y comentaristas de radio y televisión, aportaban su parte en la campaña: hablaban de la inminencia de un período de recesión, es decir, atochamiento del mercado, baja de las ganancias, disminución de salarios. Sólo que nunca, en el período de casi tres años de Kennedy, hubo recesión. Pero, los diarios los lee el pueblo que vota, las radios y televisión las escucha el pueblo que vota... y se necesitaba con urgencia liquidar la popularidad de Kennedy, para impedir su reelección en 1964... porque con cuatro años más de gobierno, la máquina poderosa del Ejecutivo, como la definió David Rockefeller, terminaría de verdad por aplastar la maffia del gran dinero... Pero Kennedy estaba en el alma de los yanquis, y las encuestas señalaban persistentemente que sería reelegido... Así, el planteamiento, en octubre de 1963, era serio: o Kennedy, o la vida de la "libre empresa", entendida a la manera de la maffia del gran dinero.